

Antonio Pereira regresa a "Las ciudades de Poniente"

Antonio-Esteban

Villafranca, al este, en la linde de Galicia y el Bierzo -quien esto escribe bien lo sabe- no es zona de transición sino de paso.

No son, no es, en modo alguno, zona de transición entre la Galicia tópicamente verde y ese paraíso vegetal que es el Bierzo.

Es zona, digo, de paso donde, los que regresan -aún los más apresurados- se detienen a escuchar el silencio de sus valles o el rumor de otros días o el sipo perdido que, en Villafranca, es posible todavía, y donde, los que van, admirados de tanta belleza retardan la ida por contemplar, si es otoño, el otoño nuevo y diferente y nunca igual en sus colores.

Villafranca -otra vez el tópico es tierra de poetas que viven la palabra escrita y la hablada. También la hablada, aunque Antonio dijera un día -la emoción en los ojos y en los labios y en la patriarcal barba temblorosa- que, únicamente decía sus versos a los que con él iban. Pero lo dijo, sabedor de que todos, en su Villafranca, que es la Villafranca de todos, lo siguen.

Y uno añadiría que, además de los villafranquinos, con Antonio van, también, muchos lectores que aguardan su último libro para gustar el sabor de la historia mínima de la anécdota elevada al rango de relato bien estructurado, con el sustantivo justo y el adjetivo -sobre todo el adjetivo- exacto.

Siempre imaginé a Antonio Pereira como a un juglar, del medioevo que recorriese Castilla llevando, de plaza en plaza, el romance aquel de la hija del rey de Francia que, si Antonio se lo propusiera, podría reescribir:

"Apeóse del caballo

por hacerle cortesía.

Puso la niña en las ancas

y él subiérase a la silla"

o la aventura de un doncel moro o cristiano- cantado/contado, también, en romance

fronterizo:

"Helo, helo por do viene
el moro por la calzada,
caballero a la jineta
encima una yegua baya"

y también -¿por qué no?-

"Quien hubiera tal ventura
sobre las aguas del mar
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de san Juan".

No es de extrañar que el Antonio Pereira de hoy -nacido en la Villafranca de siempre- haya obtenido, como quien dice ayer mismo, el "Fastenrath", premio que patrocina la Real Academia de la Lengua, por un libro de relatos o el "Leopoldo Alas" o el "Torrente Ballester", concedido por la Diputación de la Coruña a "Las ciudades de Poniente", que es su última aventura literaria.

Dice Carlos Losilla en "Lateral" -Noviembre de 1994- que "Pereira es un autor de culto muy admirado en ciertos círculos y con una larga historia editorial a sus espaldas -novelas, relatos y poemarios, amén de artículos periodísticos- que trata de equilibrar la balanza en este libro y convertir "Las ciudades de Poniente" en una condenadísima mezcolanza de retrato geográfico y disquisición sobre la naturaleza del cuento y el relato y no siempre acaba consiguiéndolo".

No estoy, en absoluto, de acuerdo con la afirmación de Losilla. -Es más creo que se equivoca.

Opino que Antonio Pereira no intenta disquisiciones sobre nada. Antonio Pereira, lo único que hace es apoyarse en una levísima anécdota y la eleva a la categoría de relato. Relato, la mayor parte de las veces breve pero, siempre bueno.

El lector -y eso es lo que importa- vive con Pereira la anécdota que es, que pudo ser; la anécdota que cuando ocurrió ya que los personajes que las habitan -con escasísimas excepciones- no son ficticios sino reales. O, mejor, podrían serlo. (Los que

no lo son, proceden de la pasmosa facilidad de fabulación -pasmosa y convincente- de Pereira y ese es uno de los grandes méritos del escritor berciano).

Antonio Pereira regresa, periódicamente, a las ciudades -sus ciudades- de Poniente que son su refugio; a esas ciudades que tan bien conoce –o imagina- y que alguna de ellas pudiera/podría ser Lugo: "Una vez -escribe Pereira en "Una fobia de don Jorge"- realizada esta misión delicada -es lo que decía el jefe- me topé con el doctor Balanzá. O sea con el mismísimo Prelado". Y más adelante: "llevé la mano enguantada a la boina del uniforme como si me apellidase Montenegro y el obispo de Lugo fuera un cardenal de Roma".

En "La batuta", escribe: "Un día, por las ferias de san Froilán oímos que había muerto (...) pero el diario no trajo eso ni nada de la desaparecida. No era justo: un personaje curioso como lo fueran-el cura loco don Servando o Cagaollas, el carretero o María do Corgo que iba por las casas a fabricar el chocolate para el gasto del año..."

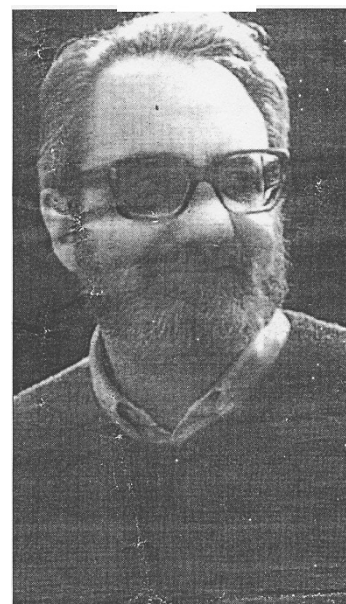
"En estas Ciudades de Poniente -leo en la contraportada del libro- todo puede ocurrir y quienes viven en ellas o las visitan terminan acostumbrándose a que las rarezas sean lo más natural del mundo". Y yo añado que, en ellas sitúa Pereira la anécdota que pone en pie el relato y que deja un regusto agri dulce al concluirlo.

El libro reúne veintiséis, varios de los cuales podrían estar en otro lugar, aunque todos tienen alguna de las muchas claves que aclaran el mundo, a veces insólito pero siempre inconfundible del escritor berciano.

El lenguaje de Antonio Pereira es otro de sus grandes aciertos, junto con un estilo aparentemente poco trabajado pero que es producto de su facilidad como escritor y, como muestra, dos ejemplos: "El coche se llenó enseguida de olor a cura que fuma; no a hombre que fuma" (Pág. 63). O "...al parar el motor del coche se oyó ladrar algún perro pero también el roce finísimo de la nieve cayendo que es como escuchar todo el silencio del mundo".

En el primer caso resuelve un claro ejemplo de sinestesia, sin adjetivación y en el segundo, valiéndose de un superlativo: "finísimo", precedido del sustantivo "roce", para concluir la frase con una oración comparativa, a modo de metáfora.

O el remate que da a "El asturiano de Delfina", donde un vulgarismo redondea perfectamente toda una frase: "Seguro que adivinó lo que me esperaba con esta



Delfina mía, eso que se supone de una legítima esposa: horas de felicidad y algunos cabreos".

Los coloquialismos, por otra parte, acercan más, si cabe, los relatos al lector: "Aproveche que la uva le está ahora en el mejor momento", con la inclusión de un complemento indirecto personal -le- innecesario y usado; frecuentemente, en algunas zonas bien localizadas del noroeste (Pág. 13).

El uso de este dativo ético se repite en "El Encargo": "Se le cuadraron los centinelas".

Hay palabras de uso no recogido en el Diccionario de la Real Academia: "cona", "esparajismo", "soplada", "contradiós", "gatillazo", "andancio", "coñazo", "encoñamiento", "rendibús' o "paquear"; junto con otros de claro origen gallego como "carallo".

Si a uno le obligasen a elegir entre alguno de los veintiséis relatos, siempre me quedaría la duda de haber hecho una buena elección pero en contra de la mayoría, quizás no fuera "El revisor parado" o "La ciudad visigoda". Elegiría "La aventura de un fabricante de madreñas", puede que de regusto kafkiano "La enfermedad" o "El final de Santiago Velasco", claro que, de todas formas, prefiero recomendar el libro al completo; muy apto para una de estas tardes invernales, al amor de la lumbre y con un tinto del Bierzo cerca para mejor degustar las historias.